

De repente se despierta Nala y se pregunta á sí mismo si no sería preferible morir ó huir á una soledad inaccesible, antes que someter á tamaños sinsabores una muger tan sublime: « A mi lado, » se dice, « la « agonía y privaciones corporales aguardan tan solo « á este sér encantador; huyamos, pues tal es el « único medio de mejorar su suerte. »

Después de un largo período de incertidumbre y angustia, decídese por último Nala á abandonar á Damayanti durante su sueño.

« ¿Cómo podré cortar » se dice á sí mismo en voz baja « este manto en dos partes iguales sin que « lo note Damayanti, objeto de mi amor? » Al decir estas palabras se levanta, y el maligno genio que lo persigue le muestra una espada desnuda centellante sobre la yerba; Nala coge el arma, corta la vestimenta, y huye veloz llevándose consigo la mitad del único bien que le queda.

Después de algunos pasos recobra su razón con su ternura, y se afea á sí mismo su proceder: « Mi esposa duerme: » dice « y sobre esta tierra desnuda « reposa esa muger que nunca tuvo que sufrir los « ardores del sol, ni la intemperie del tiempo, cuya « sonrisa hechicera sobrepuja á cuanto puede ima- « ginar la mente. Cuando despierte y no halle mas « que la mitad del vestido, es capaz de caer en la « demencia. Si yo te abandono, oh consorte amada, « escedente en belleza á todas las demas criaturas de « tu sexo, te verás obligada á recorrer sola el bosque « horrible infestado de fieras y serpientes. »

No obstante de nuevo se aleja y siete veces regresa reclamado por su ternura; siete veces el genio enemigo lo aparta de Damayanti, y parece que dos corazones laten en su seno. Como un péndulo que continuamente oscila, Nala se aleja alternativamente y se acerca hasta que al fin huye despavorido.

XXXII

Por último despierta Damayanti y se ve sola bajo la mitad del cortado manto, símbolo de la separación definitiva entre dos cuerpos y dos almas. Sus lamentos se difunden por todo el bosque, y el delirio se apodera de sus sentidos. La desolada consorte á Nala busca sollozante y lagrimosa, reclamándolo con un acento capaz de enternecer á los árboles y peñas. Una serpiente se enrosca en torno de su cuerpo como en el de Laocoon, mas los repliegues del monstruo, su aliento fetido y los dolores que en sí resiente la princesa, no le impiden olvidarse á sí misma para pensar en su esposo. « ¡ O mitad mas noble que mí misma! » esclama, « qué remordimientos serán los tuyos cuando pienses « en mi suerte! ¿ Quién ahuyentará de tí, leon « entre hombres, los negros cuidados, cuando el « hambre, la fatiga y el dolor vengan á asediar tu « mente? »

Un cazador que á la sazón recorre el bosque oye gritos, acude y atraviesa al reptil con una flecha. Pero fascinado de admiración al presenciar los encantos de la beldad, se atreve á levantar los ojos sobre la abandonada princesa y á hablarle de su amor. La casta indignación de la esposa fiel es tan fulminante, que una sola mirada le basta para hacer caer inerte á sus piés al temerario. Así su belleza brillera menos que su virtud, y la fidelidad conyugal forma el carácter dominante de su alma. Pero oigamos al poeta.

« Su cuerpo era recto y firme, marmóreo su seno,
 « su rostro mas resplandeciente y al mismo tiempo
 « mas plácido que la luna llena; sus cejas forma-
 « ban un arco sobre sus ojos, sus palabras resona-
 « ban como una música embriagadora. En nombre
 « del gran Nala, mi esposo amado, que en mi seno
 « llevo impreso, esclama Damayanti, así perecerán
 « los que profanen con impuro deseo á la esposa
 « del mayor de los mortales. »

XXXIII

Sola y abandonada se interna Damayanti en el bosque, llenando la soledad de arrullos semejantes á los de la paloma.

Aquí el poeta se vuelve el pintor mas sublime, y

la paleta humana no reconoce en Europa dibujos ni colores comparables á la descripción del mundo vegetal que recorre errante la princesa en el declive del Himalaya, en medio de los ventisqueros, torrentes, volcanes, rocas, árboles de una naturaleza virgen y primitiva, juventud de la creación en la cual se agita una savia de vida que parece humear y fermentar melodiosamente á los primeros rayos del sol levante. La púdica belleza de la esposa abandonada, fulgura en este cuadro mas que el astro mismo del día, y recuerda la primera madre del linage humano en el Eden delicioso. Un tigre feroz se acerca tremendo para devorarla, pero vencido por la belleza y santidad de la amante, se prosterna á sus piés y los lame.

XXXIV

Por último consigue llegar á las puertas de un monasterio de Braminos, religiosos ascéticos, cuya morada oculta á medias la espesura del bosque. Atónitos los ermitaños la rodean, le hacen repetidas preguntas y le prometen la suerte mas venturosa despues de haber escuchado sus desgracias. Al despertarse, el monasterio y anacoretas han desaparecido como una aparición ó fugitivo sueño, y Damayanti se vuelve á poner en camino hasta que

se detiene al pié de un árbol cuya sombra da la muerte : « ¡ Ah ! dice, este vegetal es dichoso como
 « un soberano en medio de los bosques rodeado de
 « enredaderas que sostiene, y de las cuales deriva la
 « alegría. Arbol hermoso, no tardes en libertarme
 « de mis tribulaciones. ¡ O tú, que al hombre li-
 « bertas de la carga de sus penas ! ¿ no has visto
 « pasar á mi querido Nala, cuya delicada piel pro-
 « tege la mitad de su manto, Nala que errante
 « recorre este bosque siniestro perseguido por la
 « desesperacion ? Arbol querido, libértame de la
 « vida. ¿ Acaso tu nombre no significa el que disipa
 « los dolores humanos ? ¡ O árbol benigno, sea tu
 « nombre una verdad para mí ! »

Pero el vegetal insensible le deja la existencia, y la princesa, prosiguiendo su camino, encuentra una caravana de mercaderes, cuya codicia atrafagada y empedernida se preocupa poco de su belleza y de sus lágrimas, siendo fácil notar que, desde esos tiempos primitivos, el poeta indignado pinta la dureza proverbial de los traficantes de India. « Hemos
 « encontrado en estos bosques, leones, tigres y ser-
 « pientes, le dicen, pero no sabemos quien es Nala ;
 « y, si como tu belleza tiende á acreditarlo, eres tú
 « una diosa, protege nuestro negocio y enriquécenos
 « pues no tenemos mas afan que el oro. »

Sin embargo Damayanti sigue la caravana cubierta apenas de míseros andrajos, escarnizada por el populacho al entrar en las grandes ciudades,

sin que encuentre eco en el corazon de los espectadores el profundo abatimiento de su juventud, belleza é inocencia. Por último consigue llegar á la corte del rey su padre, no bastando su ternura para indemnizarla de la pérdida de su esposo; cuyo paradero exploran numerosos braminos enviados al intento por el soberano.

XXXV

A consecuencia de tan trágicas aventuras, habia entrado Nala en el servicio de un monarca vecino en calidad de escudero ó conductor de carros. Transfigurado por el maligno genio que lo persigue, su cuerpo se ha vuelto diforme, si bien ha conservado el príncipe su heroismo y recobrado su virtud.

Informada en fin Damayanti de que aun vive su esposo, si bien que la vergüenza le impide descubrirse, emplea un ardid que debe arrancar á Nala el grito de la naturaleza. A este efecto finge querer contraer nuevas nupcias, y hace proclamar en todos los Estados vecinos que los pretendientes á su mano pueden presentarse en la corte del rey su padre. Al oír esta noticia, Nala apenas puede disimular su secreto ni encubrir desesperacion. El mismo rey cuyos carros conduce, aspira á la mano de Damayanti y encarga á Nala que prepare sus córceles y los dirija á la corte de la princesa. Los inagotables cantos del

poema nos describen diversas escenas orientales que se despliegan como estendidos tapices, mientras que, en el palacio de Damayanti, gime oculto en su disfraz, el sin ventura esposo. Pero escuchemos al poeta épico.

« Nala, bajo el nombre de Vacuba, escoge en las
« caballerizas reales cuatro caballos de enjutos mús-
« culos y menguados hijares. — Qué has hecho? le
« dijo el rey al verlo, ¿de este modo pretendes en-
« gañar mi impaciencia? ¿te figuras que tan trashi-
« jadas y macilentas caballerías tendrán la fuerza y
« agilidad necesarias para conducirme en pocas ho-
« ras al reino de Damayanti? »

«—Observa, oh rey, los dichosos signos que á estos
« bridones decoran, le responde Nala; mira esta es-
« trella en la frente, estas dos manchas en la cabeza,
« este doble signo en cada hijar, este lunar en el pe-
« cho, esta mancha anchurosa de oscuro pelo en el
« lomo. Todo anuncia que arrastrarán el carro rá-
« pido como la flecha hasta el término de nuestra
« travesía. »

La narracion de la carrera del carro es fantástica como una balada de los bardos del Norte. Durante el camino, el genio maligno que posee á Nala, sale de su cuerpo al acercarse su esposa. Pero Nala continua desconocido bajo la tosca apariencia de un conductor de carros, pues su belleza interior se halla velada para que la vergüenza que le inspira su condicion

presente no sea manifiesta á la vista del rey su suegro. Esta metamórfosis recuerda la de las continuas trasfiguraciones de Ulises en la Odisea para tentar á Penélope.

« Al anochecer, dice el poeta, el carro conducido
« por Nala conmovió la capital del reino de Da-
« mayanti con el ronco retumbar de sus ruedas,
« mientras que los alazanes del desgraciado príncipe
« que no lo habian olvidado, escucharon con las
« orejas rectas y centellantes ojos, el prolongado es-
« truendo que resonó hasta en la caballeriza; y, agi-
« tándose y enarmonándose de ardorosos, fueron
« los primeros que presintieron el regreso del no-
« ble ginete. Este ronco fragor en el pavimento de
« las calles, semejante al estampido del lejano rayo,
« impresionó vivamente el oido de Damayanti, y la
« princesa se estremeció de emocion é impaciencia;
« mas al oir al mismo tiempo relinchar de deseo y
« encabritarse de júbilo á los córceles de su esposo,
« se figuró ver ya el carro de Nala enganchado en el
« patio como en otro tiempo cuando la formidable
« mano del héroe tenia asidas las riendas. Los pavos
« reales en el parapeto de la fortaleza y los elefantes
« en sus elevadas guaridas, dieron asimismo sig-
« nos de atencion é inquietud al escuchar el estré-
« pito descomunal, empinando la cabeza, desgañi-
« tándose y saludando á su modo la llegada del prin-
« cipe que les anunciaba esa tempestad subterránea.
« ¡O Dioses! ¡ qué contento celestial inunda mi

« alma, exclamó Damayanti al escuchar ese ronco
 « estruendo producido por el carro que al rodar
 « hacia temblar la tierra y parecía llenar su órbita ;
 « ¡oh! Nala es, mi corazón me lo dice, Nala es, el
 « monarca del mundo. Si hoy mismo no lo vuelvo á
 « ver á ese príncipe mas resplandeciente de be-
 « lleza y virtud que el astro fulguroso de la noche,
 « deberá sucumbir mi vida, y mi sér entero ago-
 « nizar bajo el dolor y la congoja. En mi corazón se
 « paralizará la vida si los brazos del mas noble de
 « los mortales no estrechan á su esposa amada ¡ Oh
 « cielos! sed testigos de mi voto: si el héroe á quien
 « plugo al hado unir mi suerte no me estrecha dentro
 « de poco contra su seno, hoy mismo deberá aco-
 « germe la llameante hoguera destinada á las viu-
 « das. »

Afanosa é impaciente, sube las gradas del terra-
 plen de la fortaleza para apereibir de lo mas lejos que
 pueda al que sospecha ser su esposo ; mas solo al-
 canza á divisar lacayos y escuderos que rascan y aca-
 rician los caballos al dèsegancharlos, y agregan otro
 carro regio en el patio en que se hallan los del mo-
 narca.

« Ve, dice á una esclava confidente, é infórmate
 « de quien es ese conductor de carros que sentado he
 « visto en su sitio, con una apariéncia grosera y un
 « brazo mas corto que el otro. »

Obedece la esclava, y repetidas veces descende á
 examinar y escudriñar con la vista al héroe sospe-
 chado bajo su disfraz, mientras que la desgraciada
 princesa siente despedazarse su corazón por la duda
 y la incertidumbre, enviando mil veces á su confi-
 dente para interrogar ora al mismo Nala, ora á sus
 compañeros de viage. Insinuaciones reveladoras me-
 dian poco á poco entre la mensajera y el héroe,
 quien llora al escuchar á la sierva fiel al pintarle la
 angustia y el amor constante de la abandonada es-
 posa.

« ¡ O muger de cabellera tan negra como la no-
 « che! » esclama apostrofando involuntariamente á
 Damayanti, « no te indignes contra el hombre sin
 « ventura y privado de su razón si, al buscar en vano
 « el alimento de su muger y el suyo, vió á las aves
 « nefandas arrebatár su manto. ¡ Ah! si ves regresar
 « á tu esposo despojado de su imperio, indigente y
 « devorado por los remordimientos, no lo alejes de
 « tu seno.

« Detengámonos aquí, dice el sabio traductor de
 este episodio, y admiremos la deliciosa y patética
 ingenuidad del poeta que ora recuerda la magestad
 de Homero, ora la sublimidad de la Biblia. La poesía
 de la India palpita cálida, y en sus venas circula
 una savia ardorosa, esto es un fuego criador: tal así
 se difunde, en las hojas y flores de la palmera que
 descuella en tan venturosas comarcas, un jugo vigo-
 roso que hace vegetar el árbol, renueva el tronco y

se trasforma en licor embriagante. Todo respira la pasión, pero al mismo tiempo la calma, al paso que la razón á la pasión domina; todo es ingenua y vigorosamente bello como la naturaleza sorprendida en sus más espontáneos gritos, y jamás la belleza flotante de los trópicos llegó á inspirar acentos más verdaderos y más íntimamente emanados de la emoción y conciencia. Hagamos votos, » añade, « para que esta poesía nueva á fuerza de ser antigua, y que tantos rasgos de semejanza presenta con los monumentos helénicos á la que tal vez escede en superioridad, se halle asociada un día á las obras de la Grecia en la enseñanza de la juventud. » Tal es igualmente nuestro fervoroso anhelo.

XXXVI

Una serie de pruebas ingeniosas y al mismo tiempo llenas de gracia y candor infantil, empleadas por Damayanti para obligar á Nala á confesar su verdadero nombre, recuerda las que Penélope impone á Ulises en la Odisea antes de reconocerlo por marido. La más tierna de estas pruebas es la de dos niños de edad menor que le envía al héroe su esposa por la esclava sin intención aparente. Al verlos el corazón de Nala revienta, y el grito de padre y de amante resuena inefable en sus labios. « ¡O cielos! » dice á la nodriza, « no estrañes las lágrimas que á

« mis ojos se asoman, pues estos niños se asemejan
« á los que me dió la más bella mitad de mi sér, y
« la sorpresa producida en mí por esta coincidencia
« fortuita ha humedecido mis párpados. »

Por último ambos consortes llegan á hallarse en presencia bajo los ojos del padre y la madre de Damayanti. El diálogo que se establece entre ambos y su recíproco conocimiento, si bien siempre ambiguo y suspendido por la transformación del héroe en el conductor de carros, sobrepaja á los fragmentos de cuantas literaturas produjo nuestra Europa. Nala se queja á Damayanti de haber pensado escoger otro esposo, pero la princesa le confiesa que esta culpa aparente es un ardid aconsejado por el cariño para despertar los celos de su amante y obligarlo á declararse. Los dioses, por una lluvia de flores que milagrosamente inundan á Damayanti, dan testimonio de la pureza de la princesa, y Nala vuelve á mostrarse bajo su verdadera forma en todo el esplendor de su belleza primitiva. « La hermosa de encarnadas mejillas atrae á su seno la cabeza del objeto amado, « suspirando y sonriendo á la vez; y ambos pasan « la noche contándose mutuamente como habian « errado sin guía, sin alimento y sin vestido en el « bosque. »

XXXVII

Purificado por el amor, vuelve Nala acompañado de Damayanti, de sus hijos y de su numerosa servidumbre á sus Estados, que recupera en una batalla de su hermano usurpador, á quien acoge emperamente y cede la mitad de su reino. En la plenitud del júbilo de que rebosa no reconoce enemigo alguno, y la caridad divina que su sér inunda, le induce á perdonar al dios zeloso causa de todas sus desdichas.

Es de extrañar que el comentador cristiano de este poema, halle en este perdon universal y sobrehumano del héroe, una falta de moral y una omisión á esa justicia que debe retribuir el castigo á los culpables. Por nuestra parte distamos mucho de adoptar tal dictámen, pues esta caridad sin excepcion, sin límite alguno, carácter de las poesías sagradas de la India es muy superior á la justicia y arguye á la vez un reflejo de la bondad divina y el deber del hombre perfecto, pues si al sér infalible castigar toca, á la criatura falible cabe obligacion de perdonar siempre y sin excepcion alguna.

La moral de estos grandes poemas simbólicos y sagrados de la India primitiva, es tan divina como sublime la poesía que contienen, de la cual fluye un bálsamo untuoso que no solamente enternece la mente sino edifica el corazón. Así, al cerrar el libro

no solo se resiente un encanto indecible, sino permanece sublimada el alma santificada por el poeta, de cuya lira no solo sube la embriaguez delirante del arte, sino el puro incienso del ara.

Esta literatura sagrada de la India tiene además un carácter que la acerca á la literatura hebraica, y es el ser exclusivamente religiosa. Todo poema es un símbolo que reviste un dogma, y los versos alas que arrebatan al hombre sobre la superficie de la tierra. Así estas obras monumentales se asemejan á grandes sacrificios en que la imaginacion, el sentimiento y el genio del vate se consumen de entusiasmo sobre la pira para iluminar al hombre y honrar al cielo.